

La poesía siempre lúdica de Alberto Ruy Sánchez –Premio Bellas Artes de Narrativa Colima 2022 por su novela El expediente Anna Ajmátova– que jugó hace unos años con las jacarandas, juega ahora en estos poemas con la figura del gato, ese enigmático e hipnótico animal que ha sido tema de grandes escritores y poetas latinoamericanos como Borges, Neruda, Cortázar y Gonzalo Rojas. Ruy Sánchez revisa su origen, sus madrugadas, sus días, sus noches, para llegar a la conclusión de que: “nunca un gato es sólo un gato”.

CADA GATO ES OTRO GATO

ALBERTO RUY SÁNCHEZ

@AlbertoRuy

UN GATO ES RUGIDO Y VIENTO

No fue sencillo, sin duda,
haber sido el primer gato.
Hijo de un león imperioso
y de una ventisca helada.

De esa madre misteriosa
hereda las curvaturas,
la sigilosa presencia,
la fugacidad desnuda,
las nubes en su cabeza,
arranques de torbellino
y abrazos sin gran premura.

Del padre la sed de caza,
el instinto de realeza,
las espinas de la lengua,
la fragilidad negada,
la necesidad de siesta.

Hay en la palabra gato
un aire de desconcierto
y un imperio ensimismado.

EL GATO, DIOS SIN PUDOR

Thor es pelirrojo fuego,
y al salir el sol
lee el periódico conmigo.
Es un temible lector.
Le gusta sentarse
en las noticias más calientes.
Su ánimo entonces es de ardor.
Y si alguna noticia, nunca sé por qué,
le entusiasma o le molesta,
la hace pedazos.

Rima entonces con destructor.
Cuando ronronea es un dulce tremor,
y si de pronto maúlla asustado
y busca dónde esconderse,
corramos, anuncia temblor.
Metido en la maceta se siente flor
pero está al acecho de algún ser volador.
Es, claro está, terrible

e instintivo cazador.
Aunque nada nunca es lo que parece
ni se ajusta tanto a su rima,
un corazón de tambor
le da todo al gato Thor:
humor, candor, frescor,
olor, rigor, y pasos de vapor.
Algunas veces le da incluso
algún roedor.
Pero no le da derecho
a lo peor que aquí se muestra,
que es ejercer, ya sin rubor,
y gozar sin ningún pudor,
de tanta cacofonía.

SÚBITO

El gato en la noche
de pronto enloquece.
Más rápido que la luz
se estrella contra las paredes,
remueve los tapetes,
agita las persianas.
Tan escandaloso
como invisible,
en vez de pasos o saltos
desgarra el aire zumbando.
Entra y sale de los cuartos
casi sin abrir las puertas.

Y luego, nada, silencio.
Como ojo de torbellino,
ni se huele ni se siente.
Seguro cruzó esta noche
un par de umbrales inciertos.

Cuando su impulso penetra
eso que ya no sabemos,
nunca se detiene,
desaparece.

EL GATO DE LA VENTANA

El gato en la madrugada,
tras la ventana indecisa,

a los que pasan vigila
a los que sueñan remeda.
Es un dragón en la entrada,
una flor en la fachada,
una luz que parpadea,
una nube detenida.

Sin vencer nunca a la noche
poco a poco triunfa el día.
La ventana se ilumina
y el gato desaparece.
No se destierran los sueños,
tan sólo se clarifican.
El gato, que es tantas cosas,
también es luz matutina.

Tantos cuerpos tiene un gato
que en su piel se precipitan.
Algunos son como sueños.
Otros, más bien pesadillas.

UN GATO ES UN JARDÍN

Si como dijo Gertrudis
una rosa es una rosa,
es una rosa, nada más,
un gato es totalmente otra cosa.
En la palabra gato hay
tremendo gato encerrado:
nunca un gato es sólo un gato.
Es cierto que sin remedio
la palabra huele a gato,
sabe, tal vez, a gato,
parece sin duda gato
y a veces hasta maúlla
un florilegio felino.

Pero en su sombra certera,
y en la línea oscura
de sus letras más claras,
anida y se reproduce
el acoso al ratón posible,
el salto a lo inesperado. 🐾